

UNA EUROPA HUMANISTA Y TECNICA

1. La civilización europea (es decir, atlántica) es la única civilización esencialmente técnica. Esto significa que es la única que ha desarrollado e integrado, sistemáticamente, las invenciones y los descubrimientos nacidos de su genio, que ha hecho de ellos su sustancia, que ha sido remodelada totalmente de acuerdo con los imperativos de la técnica. Es la única en este caso; los pueblos, las naciones que hoy se vuelven técnicas, lo son a imagen y semejanza de Europa. Adoptan, asimilan uno de los productos más auténticos de la civilización europea; se autoeuropeizan. Pero esta transformación constituye una ruptura, a menudo cruel, con su pasado; mientras que la civilización europea no entra en conflicto con ella misma al hacerse técnica, porque la técnica es un fruto de su genio, porque, como demostraremos, la técnica no podía nacer ni crecer sino en los mantillos de Occidente.

El motor de la civilización atlántica es, como ya hemos dicho, la investigación científica, fundamental y aplicada. O, más exactamente, es la fusión de la ciencia y de la técnica concordantes y complementarias, como no lo han estado nunca ni con los griegos ni con los árabes, ni incluso en la Edad Media, ambas solidarias de sus respectivos progresos y caminando de ahora en adelante al mismo paso, por el mismo camino, en el mismo sentido, lo que constituye el motor del mundo moderno.

Esta fusión es un fenómeno específicamente occidental.

El resultado más claro y menos discutible de estas concordancias de la ciencia y la técnica es que los 300 inventos y descubrimientos que gobiernan y condicionan el mundo actual han nacido *todos* en el curso de los tres últimos siglos en el área atlántica y, más precisamente, en Occidente. Esto no es, evidentemente, un efecto del azar.

Pues no hay nada menos técnico que la invención técnica. Es este un fenómeno muy complejo sociológico-cultural, que extiende sus raíces a lo más profundo del terreno religioso y emocional de las civilizaciones. Es por esto que ciertas civilizaciones son fecundas en descubrimientos que saben explotar y otras no.

Si el Occidente se ha colocado a la cabeza en este campo no es, pues, por azar, aunque ello desagrade a sus detractores del Tercer Mundo y de la Unión Soviética.

2. Ahora bien, la civilización occidental es, de todas las civilizaciones, la que ha impulsado hasta el más alto nivel la inquietud y el respeto por los valores humanos.

Es esta civilización, por esencia, humanista, en el sentido más fuerte de la expresión. Se me acusará de etnocentrismo. Responderé de forma resumida, ya que ello no entra en mi propósito de tratar de los valores atlánticos, que si bien otras civilizaciones han podido entregar mensajes que no son necesariamente inferiores al de los Evangelios o al de Sócrates —pienso en la sabiduría budista, en ciertos preceptos del Corán, en las enseñanzas de Confucio—, no hay ninguna que los haya integrado en sus estructuras sociales y políticas, hasta el punto de revolucionar el espíritu y los datos de las mismas, como ha hecho el Occidente desde hace siglos a golpe de revoluciones, de rupturas y de renacimientos.

No citamos más que dos o tres hechos: ¿qué civilización, que no sea la occidental, ha redactado los Derechos del hombre y del ciudadano? ¿Qué civilización ha discurrido el socialismo? ¿Qué civilización ha creado instituciones políticas permitiendo a su desarrollo el manifestar sus efectos y transformar la sociedad sin destruir necesariamente a la persona humana?

Yo no ignoro, desde luego, el pasivo de nuestra civilización, pero como historiador y sociólogo afirmo con vigor que no hay ninguna que haya hecho tanto como ella para inscribir en los hechos el mensaje más auténticamente humanista que existe.

3. Ahora bien, ya lo hemos dicho, es al mismo tiempo la civilización técnica por excelencia (bastante se le reprocha para que esta afirmación no sea discutida).

Yo no creo, por mi parte, que exista la contradicción.

Una sociedad, cualquiera que sea, es un todo ordenado, estructurado, equilibrado, podría casi decirse orgánico. Podría suceder que algunas de estas estructuras no se acoplen, no funcionen a la misma velocidad o en el mismo sentido, que ciertas de ellas sean anticuadas y otras demasiado avanzadas. Es posible que ciertos estilos de vida, opiniones, ideologías, no completamente asimiladas —*acculturés*, dicen los sociólogos que no parecen sensibles a la fealdad de las palabras— actúen como cuerpos (provisionalmente) extraños en el interior de esta sociedad en plena evolución. Pero no es posible que los datos más fundamentales de esta sociedad —sus representaciones, sus conduc-

tas, sus ideas, sus sentimientos colectivos, sus instituciones, etc.— no sean del mismo material que sus técnicas o su filosofía (es esto, por otra parte, lo que hacer tan difícil a los pueblos del Tercer Mundo la asimilación de los instrumentos del desarrollo económico).

Es, pues, difícil concebir que un fenómeno tan grandioso, tan notable como el de la explosión técnica y científica, que marca nuestra civilización con un sello indeleble, sea «extranjera» a esta misma civilización o esté en contradicción absoluta, principal, esencial, con otro aspecto igualmente fundamental e igualmente esencial, de esta civilización, a saber, su humanismo.

Después de madura reflexión, pues yo estaba lejos de tener esta opinión hace veinte años, creo poder afirmar —y demostrar— que lejos de encontrarse en estado de contradicción total, insuperable, irreductible, la técnica y el humanismo son dos datos del siglo XX occidental en estado de interpenetración.

La técnica sólo existe gracias al hombre, al hombre occidental de los dos o tres últimos siglos: es una de las flores de su genio.

El hombre moderno, por su parte, no es lo que es —tanto para bien como para mal— sino gracias a la técnica.

La sociedad actual es, para lo bueno como para lo malo, un producto de la técnica. No sólo (así lo espero) de la técnica exclusivamente (¿cómo sería esto posible, por otra parte?), pero en muchas de sus formas lo es ante todo de la técnica, sobre todo de la técnica. Y la sociedad de mañana aún más.

Yo no quiero creer que ella corra a su perdición por esta sola razón. O si corre a su perdición es que ya está perdida.

4. Yo sé muy bien que siento una proposición que va en contra de la opinión de muchos. Es de buen tono en ciertos medios arremeter contra la técnica. Es un deporte que se practica de preferencia en invierno, ante un brillante auditorio que ha dudado tan poco en afrontar los rigores de la estación que ha abandonado un apartamento bien caldeado (gracias a la técnica) para embutirse en un auto (maravilla de la técnica) también bien caldeado (gracias a la técnica) y desembarcar en una sala, mejor caldeada aún y «acondicionada» (por las virtudes del humanismo, sin duda) y muy brillantemente iluminada (ídem). Como el viejo señor que va a denunciar el dominio de la máquina sobre el hombre no tiene apenas voz, siendo de suponer que nunca haya tenido mucha, se ha puesto un micrófono a su disposición (pura concesión a la máquina), más un aparato proyector de diapositivas que le servirá para ilustrar los horrores mecánicos. Iba a olvidarme de consignar que el ilustre conferenciante había llegado por la mañana en avión y que antes de ir a dar su conferencia había telefonado a París, a Londres o a Nueva York

para tener noticias de su hijito Alain, de tres años, que estaba un poco enfermo cuando él abandonara su domicilio la misma mañana. Un examen clínico muy completo, ejecutado en la clínica del doctor X (tres millones de dólares en aparatos de todas clases) le ha, felizmente, tranquilizado. Podrá llevar a efecto su exposición, del tipo «Escenas de la vida futura», en paz. Esta será grabada (es bueno conservar la voz de los grandes hombres), después impresa (la imprenta es un hecho de la civilización, un hecho «cultural» y no un producto de la técnica).

¿Debo proseguir? Podría hablar de los libros que le han prestado para leer en el viaje, del «transistor» que le permitirá escucharse respondiendo a la entrevista que ha concedido a la radio hace unos días y que se transmite en diferido, de la maravillosa «Leica» que comprará para su yerno, de los microsucos que destina a su primogénito, de la estilográfica que ofrecerá a la más pequeña de sus hijas...

Y, llegada la tarde, en su habitación, donde el termorregulador asegura toda la noche un grado constante de suave calor, nuestro conferenciante se dormirá recordando las frases de su diatriba antitécnica que le ha valido los mayores aplausos.

Esto es, poco más o menos, lo que yo explicaba un día, en no se qué tribuna «humanista», a un señor particularmente fanático de lo eterno, de lo humano y del retorno a la Naturaleza. Debo reconocer que si bien una buena parte de la sala estuvo de mi parte —aquella a la que había hecho reír—, tuve en contra a la parte más distinguida, me refiero a las tres primeras filas de damas maduras, particularmente bien «ensombreradas», cubiertas de pieles y perfumadas, que no disimularon su desaprobación ante mi «materialismo».

5. Para mí, repito, no existe contradicción entre los valores del humanismo y las riquezas de la técnica.

El acto técnico implica, ante todo, una confianza total en los medios del hombre: observación, razonamiento, experiencia, manipulación, fabricación; en su capacidad de conocer y de dominar la Naturaleza —una Naturaleza amistosa, abierta al hombre, ofrecida al hombre, comprensible y, por ello, aprehensible—. Ni mágica, ni terrible, ni invencible.

La técnica ha nacido, en Occidente, tierra cristiana, tierra humanista, del deseo de reemplazar al esclavo por la máquina (y ésta fué el yugo, el telar, el molino), de aligerar o abreviar la labor del hombre (gracias al molino de agua o de viento), de subvenir a las necesidades del hombre (como son los innumerables progresos técnicos aportados por los monjes cistercienses y otros, a la agricultura, a la ganadería, a la apicultura, a la piscicultura, etc.); al deseo también de respetar una exigencia cultural (la de la puntualidad, dictada por

la orden de San Benito, quien provoca la creación del reloj mecánico, madre de todas las máquinas de los tiempos modernos), de incrementar el conocimiento de los hombres (lentilla de vidrio, madre de los microscopios y de los telescopios astronómicos), de extender el saber del hombre (la imprenta, el papel, la tinta, la hermosa tinta olorosa de imprenta), de conocer mejor al hombre (el espejo), de aliviar sus enfermedades (aquí los fines, difíciles, de la anatomía) y de conocer el mundo (y aquí la brújula, el sextante, el timón de codaste).

La técnica ha nacido y se ha desarrollado como un medio de liberar al hombre del temor de un mundo hostil, irracional, sometido a la fatalidad, inconocible, impenetrable; para permitirle descargarse de su ignorancia, conocer la realidad, comprender a los otros hombres, «someter» la tierra. Es extremadamente sorprendente leer en el Génesis (3,6) que lo que indujo a Eva a gustar la fruta del árbol del conocimiento fué *que era preciosa para abrir la inteligencia*, «deseable para adquirir el entendimiento», dice la Biblia de Jerusalén; toda la aventura del hombre, toda su maravillosa sed de saber se encuentra contenida en estas pocas palabras.

Originalmente no hay, pues, nada en la técnica que tienda a perjudicar al hombre, a deshumanizarlo, sino todo lo contrario. Durante los tiempos en que el esclavo no era más que una máquina, las artes mecánicas fueron menospreciadas. El día en que apareció la voluntad humana y humanista entre todas, de abolir la esclavitud, el hombre tuvo que buscar los medios de aligerar el esfuerzo de los hombres sustituyéndolo por el trabajo de las máquinas. La Era de la técnica había nacido, en respuesta a la afirmación de la dignidad humana.

Otra exigencia ética, otra exigencia humana y humanista: la igualdad. El igualitarismo innato de las sociedades democráticas de Occidente implica la firme voluntad de dar a cada hombre su oportunidad de vivir plenamente su vida sobre esta tierra y de tener las mismas oportunidades de principio. Adopta con entusiasmo la creencia (cristiana) en la igual dignidad de todos los hombres, por grandes que sean las desigualdades reales que les distinguen. Ahora bien: esta exigencia no puede ser satisfecha, evidentemente, si la técnica no interviene. Es decir, si la técnica no asegurase la producción de una cantidad tal de bienes y de servicios que haga posible proceder a un reparto más generoso, partiendo (uno poco) más equitativamente.

Otro trazo humanista de la técnica: el desarrollo de una civilización técnica supone la existencia de un número cada vez mayor de hombres cada vez más instruidos (de aquí la «democratización de los estudios y capaces de ejercer una observación crítica de máquinas cada vez más delicadas y complejas (para

servirse mejor de ellas, para ponerlas a punto, para repararlas). Hace falta, pues, reclutar en todas las capas de la sociedad los hombres más inteligentes, más trabajadores, mejor dotados desde todos los puntos de vista, y asegurar su paso de un escalón a otro, y hasta la cumbre, si sus cualidades humanas lo permiten. Tal «ósmosis» social, tal movilidad, no es posible más que en una sociedad «flúida» y dinámica que se preste al constante desbordamiento o renovación de las estructuras sociales y económicas que supone la acción de la técnica, donde las clases sociales no tengan tendencia a endurecerse y a transformarse en castas.

Esta situación tiende evidentemente a minar el espíritu de clase, y por consiguiente, la realidad de las clases sociales. De hecho, en los países más avanzados del mundo libre los extremos de la sociedad se acercan hasta confundirse en el plano de los recursos, del trabajo, de los vestidos, de la alimentación, de los ocios y de las aspiraciones. Sólo subsisten, aquí y allá, los vestigios de lo que los sociólogos llaman las distancias culturales.

Por lo demás, se crea un *continuum* social-económico que da sus oportunidades a todos y a cada uno, más seguramente que una revolución política, por profunda que sea (raramente lo son). ¿Podemos ver aquí la sombra de una deshumanización del hombre?

El mundo técnico crea, además, mecanismos a corto plazo de autorregulación («homeostasis») y de recarga («feed backs»); el hombre es, pues, cada vez más dueño de su destino, mucho más, en todo caso, de lo que lo ha sido nunca en el curso de un pasado milenario. Es de lamentar que no lo sea aún del todo (la amenaza nuclear está ahí para atestiguarlo), o que haga a veces un uso peligroso de este dominio (pienso en la propaganda, de la que Vance Packard y J. Ellul nos explican la pavorosa potencia); pero olvidamos que nunca ha ejercido tal dominio, y que tiene en sus manos un instrumento del que nunca se ha servido. Es Fausto con una edad mental de doce años. ¿Cómo exigir del hombre desorientado de hoy que se conduzca bien desde el primer siglo de la Era atómica? El ha pasado ya por todas las aficciones del mundo para saber lo que debe hacer.

Dicho esto, el exceso de poder de que dispone le sitúa, a pesar de todo, más cerca de Prometeo que de su antepasado de Cro-Magnon. Esto es un progreso. Por lo demás, todo humanismo real comporta ciertos riesgos; es el rescate que hace pagar a la dignidad del hombre.

6. Liberar al hombre de los temores ancestrales, asegurar su control sobre la naturaleza, defender su dignidad aliviando sus tribulaciones, trazar las condiciones básicas de una igualdad más real de partida y de destinos, exigir de la sociedad que sea abierta y dinámica, favorecer la ósmosis social, hacer que

el hombre sea cada vez en mayor grado la medida de todas las cosas: ¿es esto, os pregunto, un atentado a la dignidad del hombre, una amenaza para ella?

Lo es tan poco que es precisamente en el viejo mantillo del humanismo donde han nacido y se han desarrollado la técnica y la ciencia.

Y es que para nacer y desarrollarse, la ciencia y la técnica suponen e implican que la sociedad en que hacen su aparición o de la que extraen su sustancia y su fuerza sea ante todo abierta; «abierta» en el sentido en que Bergson emplea esta palabra, abierta a las novedades, abierta a todos los hombres, tanto los de las clases pobres como los de las clases privilegiadas. Hace falta que sea «liberal», y por ello dotada de una cierta tolerancia (que varía según los siglos y el estado de salud de la propia sociedad), democrática en cierto sentido (como lo eran los Comunes medievales, como lo son las órdenes religiosas y la Iglesia), sensible a la acción de las élites y de los grupos marginales, es decir, a la acción de las minorías culturales, religiosas o técnicas que, situadas en sus fronteras sociológicas, actúan sobre su terreno y lo fecundan.

En una sociedad esencialmente conservadora, obsesionada por el culto a sus mayores o a su pasado, «cerrada» (en el sentido bergsonianiano de la expresión), jerarquizada, edificada sobre un sistema de castas, y asolada por una xenofobia activa, ni la ciencia ni la técnica pueden alzar el vuelo. Se producen esporádicamente algunos inventos, frutos del azar o del ingenio, y después se apaga la mecha. La sociedad no explota el descubrimiento (este ha sido el caso, muy a menudo, de la China). Los inventores se cansan, son demasiado poco numerosos, aplastados por las presiones sociales que se ejercen sobre ellos, o descorazonados por la indiferencia con que se acogen sus investigaciones.

Este no ha sido el caso en Occidente. No es que los inventores o los sabios no hayan sido nunca perseguidos. Desde luego que lo han sido. Lo han sido, gracias a Dios, pero de una forma tal que la persecución ha servido para aguzar el ingenio de los mejores. Basta citar a Galileo: éste tuvo su parte de disgustos, un poco por su culpa, un poco porque «todas las pruebas que aportaba en defensa de su sistema eran falsas o no verificables» (R. Lenoble, *Histoire de la Science*, La Pléiade, pág. 473), y mucho porque había afirmado los derechos de la razón científica y experimental en contra de las pretensiones de la autoridad de la razón natural. Por lo demás, su suerte, según ha demostrado brillantemente A. Koestler, estuvo lejos de ser tan trágica como para no hallar un cierto eco de romanticismo en Eugene Sue. Y un buen número de monjes y religiosos —Mersenne, Wendelin, Bouilliau, Gassendi— continua-

ron defendiendo y propagando las ideas de Galileo, después de su reprobación, sin ser inquietados en absoluto.

En realidad, en el siglo XVI y XVII era muy posible ser al mismo tiempo un sabio entre los más grandes y más audaces y un sincero creyente: Pascal, Newton, Leibniz, Descartes, Euler, Leonardo de Vinci y tantos otros lo atestiguan suficientemente.

El Antiguo Régimen, la Iglesia, podían, en ocasiones, ser rudos, aunque fuesen más a menudo desconfiados y minuciosos, pero, Gobiernos aristocráticos, tenían al menos el mérito de no ser totalitarios.

La ciencia, el pensamiento filosófico, la acción social, han conocido centenares de Galileos en Occidente. Todos «marginales», todos rebeldes, todos, o casi todos, perseguidos, cazados, apresados, encarcelados, pero continuando sus publicaciones bajo la censura de la «tiranía», quien del Rey, quien del Zar, quien del Emperador, y haciendo la vida difícil a sus perseguidores. (Me basta recordar que Diderot publicó su *Enciclopedia*, temible máquina de guerra, con el permiso tácito del lugarteniente de policía de la época, y Lenin su *Imperialismo, última etapa del capitalismo moribundo*, con la licencia de la censura imperial).

En una sociedad en la que Dios podría haber sido confundido con César, la técnica, la ciencia, potencias innovadoras por excelencia, no habrían podido alcanzar la importancia alcanzada en Occidente.

Se me dirá que en la U. R. S. S. de Stalin, como en la Alemania de Hitler, los éxitos científicos y técnicos no han faltado; y que este hecho parece probar que la libertad no es necesaria para la investigación científica y el progreso de la técnica.

Lo es hasta tal punto que en las disciplinas consideradas como capitales para el porvenir del régimen o que no deban de ninguna forma constituir un peligro para el mismo, los sabios, sobre todo los soviéticos, gozan de un campo de acción y de una autonomía que nunca se conceden a los especialistas de otras disciplinas, especialmente a los sociólogos, a los politicólogos y a los economistas.

Además, los éxitos de los regímenes totalitarios resultan de una puesta en funcionamiento sistemático de todos los recursos humanos, técnicos y financieros con vistas a un fin bien determinado, normalmente la guerra o un prestigio decadente. En conjunto, son menos numerosos que los del mundo libre.

Finalmente, es necesario observar que, a pesar de todo lo que los separa y aleja de las tradiciones humanistas de Occidente, regímenes como el de Hitler y el de Stalin conservaban un cierto número de rasgos heredados del

pasado —laboratorios, Universidades, bibliotecas, tradiciones de investigación— que podían ayudarles a alcanzar los objetivos que se habían asignado.

Por muy unidas que estén al contexto social-cultural de que surgen, ciencia y técnica se destacan lo suficiente de aquél para poder diferenciarse del mismo siquiera un poco. El artista, el hombre de acción, el especialista en ciencias humanas y sociales, el biólogo, no pueden vivir ni expresarse sin el oxígeno de una cierta libertad social, que ellos desearían fuese lo más grande y real posible. El hombre de ciencias exactas, de matemáticas, de astronomía, experimentan mucho menos esta necesidad, puesto que la única libertad que necesitan es la de la libre reflexión sobre temas no sospechosos al régimen. Así puede explicarse quizá la extraña simpatía que estos especialistas han podido demostrar por el régimen stalinista. Poco sensibles a la ausencia de libertades humanas, no veían, al parecer, más que las facilidades y ventajas que este régimen concedía liberalmente a los investigadores y el prestigio con que los cubría. Es muy posible que el curioso destino de cierto número de «nucleares» —los Pontecorvo, los Fuchs, los Joliot-Curie, y algunos otros— no tenga otro origen.

Por lo demás, lo esencial, para nosotros, es haber establecido, o al menos así lo creemos, que ciencia y técnica, progreso científico y progreso técnico, están íntimamente ligados al contexto histórico del Occidente y no adquieren su pleno significado sino en la medida en que se insertan en el destino humanista de Europa.

7. Hay todavía un punto sobre el que me permitiré insistir antes de obtener algunas conclusiones. Empleando los términos de Georges Friedmann: «La civilización técnica... es de esencia universalista». Yo añadiría de buena gana: «Y universalizante». Es ésta otra característica de la civilización occidental o atlántica: sus valores espirituales, sus técnicas —políticas, pedagógicas, económicas, administrativas, científicas— sus ideales, sus objetivos —del socialismo a los derechos del hombre y del ciudadano, del derecho al trabajo, a la seguridad social—, sus ideologías, cuántas de ellas técnicas —marxismo o *way of life* americano— se extienden por el mundo con una velocidad creciente. De hecho no hay una idea, ni una técnica, ni un principio que la U. R. S. S. no haya recibido de Europa, directa o indirectamente. Karl Marx mismo es el tipo de intelectual occidental del siglo XIX. El ideal democrático y socialista está ligado a todo el pasado del Occidente y no ha echado nunca raíces en Rusia. La electricidad, querida por Lenin, fué importada durante el imperio de los Zares por ingenieros europeos con capitales europeos. El derecho de los pueblos a disponer de sí mismos ha nacido en el área atlántica.

Como las Universidades, los laboratorios, las bibliotecas, la enseñanza pública obligatoria, la legislación social...

Estos son los frutos más auténticos de nuestra civilización, que se reparten por el mundo (más, ¡ay!, algunas de nuestras taras, de nuestras manías y de nuestras enfermedades mentales más vergonzosas y más específicas) y echan las bases, por primera vez en la Historia, de una civilización universal y homogénea.

El sociólogo G. Bouthoul escribe: «Hoy, el espíritu de autocolonización se ha extendido bruscamente a las masas... Son ellas las que están impacientes por renegar del estilo ancestral de vida». Y, ¿en virtud de qué valores, en nombre de qué principios, con qué espíritu, con qué fines lo intentan sino occidentales o atlánticos?

Nosotros no podemos por menos que alegrarnos de tal difusión, porque, se quiera o no, nuestras técnicas llevan con ellas nuestros valores humanos (más o menos desfigurados, desde luego).

Ahora bien, de todo nuestro patrimonio, las técnicas son ciertamente lo más accesible a los hombres de las otras naciones y, por consiguiente, lo más universalizante. El africano, el sudamericano, el asiático, tuvieron siempre alguna dificultad en plegarse a nuestras disciplinas del ahorro o de la puntualidad, del trabajo-vocación o de la objetividad; pero darles un reloj, un auto, un receptor de televisión, un libro, y en seguida comprenderán la significación de los mismos, y si no el mecanismo, al menos el modo de utilizarlos.

Así se forma, a una velocidad sin cesar creciente y gracias a la técnica, una civilización única, homogénea, sin solución de continuidad. Y esta civilización canta la gloria del hombre.

8. Finalmente, se ha reprochado a la técnica el ser contraria a la Naturaleza. Yo creo, por mi parte, que la antinomia Técnica-Naturaleza, que quizá era real al principio de la era técnica, tiende cada vez más a desaparecer: «La técnica, al naturalizarse, hace a la Naturaleza técnica» (H. van Lier). Hay lugar desde ahora para un humanismo concreto y universal, menos específicamente histórico que los que le han precedido.

Hasta el punto en que hoy lo es, la «técnica concreta» permite extraer una concepción nueva del espíritu, vuelto, no hacia el aislamiento autárquico del individuo, como enseñaba en el siglo XVI el orgullo pedante de los humanistas, o, en el siglo XIX, el orgullo de clase de las burguesías, sino hacia «el desciframiento cuidadoso de las apariencias» (Van Lier), hacia esta «realidad... en que (el pensamiento) encuentra sus propias estructuras realizadas, prolongándolo y volviendo a él para estimularlo», pues —añade todavía Van

Lier— las obras del hombre están lo suficientemente penetradas de su pensamiento para servir de espejo a su «reflexión».

Finalmente, el hombre del siglo XX se dispone a convertirse, y, en cierto modo, se ha convertido ya, en la «medida de todas las cosas», mientras que el hombre de los tiempos de Protágoras estaba a merced de todas las cosas. ¿Dónde está desde entonces el humanismo?

¿En lo que el grupo de los «Prospectivos» llama «la cultura-herencia» o la «cultura-ornamento», o aún «la cultura-ocio»? A todas luces, éstas no son más que supervivencias o aproximaciones muy superficiales. Se sabe lo que valen.

Falta lo que los «Prospectivos» llaman «la cultura-cobertura sobre el conjunto de lo real y de lo futuro», es decir, una cultura consciente de la complejidad y de la realidad de lo humano y de la inserción del hombre en el futuro de la sociedad técnica en que vive, consciente también de que en Occidente la ciencia (y la técnica) «vívida y aplicada tanto al acto como al pensamiento... no ha cesado de ser subjetivamente cultura» y debe ser tomada por tal, y consciente, en fin, de que para hacer escapar al hombre de las tentaciones del «ser mejor», hace falta proponerle un ideal de «ser más» que le incite (cito la revista *Prospectives*, de mayo de 1960) «a aislarse del ruido y de la agitación, le incline a la meditación, le conduzca a la "cultura-ejemplo", a esta conciencia aristocrática» del hombre, sin la cual no es humanismo auténtico.

CONCLUSIONES

Hay lugar desde ahora, *gracias a la técnica*, para un humanismo del siglo XXI, idéntico en sus fines a los que lo han precedido, pero diferente por sus medios y por la extensión de sus aplicaciones.

Será un humanismo más rico, más concreto, menos literario que el del Renacimiento (¿hace falta saber el griego para ser un humanista? ¿Sí? ¿Y por qué no también el hebreo, el sirio y el arameo, como en el siglo XVI?), menos desencarnado que el del siglo de los Lumières, menos ligado a intereses de clase que el del siglo XIX, menos cargado de escorias que el nuestro. Será un humanismo mejor adaptado y más accesible a un gran número de hombres, a los que exigirá dar lo mejor de sí mismos, la totalidad de su actividad creadora.

El siglo XXI debe proceder a la «democratización» de los valores más auténticos del humanismo occidental. Ciertamente, habrá un pasivo, toda «democratización» suscita una contrapartida, no sirve de nada disimularlo: formas de nivelación por abajo, de vulgaridad y de promiscuidad. Es el precio

que hay que pagar a las exigencias profundas del mundo occidental, si se quiere verdaderamente que su destino se cumpla. Y, por otra parte, no está prohibido pensar que junto a este pasivo surgirá un día un activo, como tantos movimientos de masas, llegados desde el fondo de los tiempos, lo han dado ya.

LEO MOULIN

R É S U M É

La civilisation européenne est technique par essence. Lorsque d'autres civilisations essayent d'incorporer la technique il leur faut rompre avec le passé, la civilisation européenne non, car la technique est un des fruits de son génie. La fusion entre la science et la technique est un phénomène typiquement occidental.

Mais la civilisation européenne tout en étant technique, est essentiellement humaniste et il n'est là aucune contradiction. La technique et l'humanisme sont des données du XX^{ème} siècle en stade d'interprétation. La technique n'existe que grâce à l'homme occidental et l'homme moderne n'est tel que grâce à la technique. La dignité humaine, l'égalité de classes et d'opportunités, un niveau élevé d'éducation, sont des exigences de la technique et celle-ci, par conséquent, ne deshumanise pas l'homme, bien au contraire. La technique, par surcroît, universalise, elle répand rapidement de par le monde et les progrès techniques et les valeurs spirituelles.

En conclusion, grâce à la technique, nous pouvons caresser l'espoir d'un humanisme du XX^{ème} siècle semblable dans ses buts à ceux qui l'on précédé et différent seulement dans les moyens et l'étendue de leur application.

S U M M A R Y

European civilization is essentially technical. While other civilizations must break with their past in order to incorporate technology, technology is the fruit of Europe's nature. The union between science and technology is a typically western phenomenon.

At the same time, European civilization is humanistic in essence. This is not a contradiction, for technology and humanism are two Twentieth century realities in a state of interrelation. Technology exists thanks to western man and modern man is what he is thanks to technology. Human dignity, equality

of class and opportunity, a high standard of education are demands of technology. Therefore, it does not dehumanize man, but the opposite. Moreover, it is universalizing. Western civilization rapidly extends both its technical advancements and its spiritual values throughout the rest of the world.

Thanks to technology, we may entertain the hope of a Twenty-first century humanism identical in purpose to that of the preceding centuries, but different in its methods and the extent of its application.

